



La filosofía de la educación en Miguel de Unamuno. Una propuesta práctica sobre la actitud que debería mantener la juventud ante su realidad social

The philosophy of education in Miguel de Unamuno. A practical proposal on the attitude that youth has to maintain concerning their social reality

Recibido: 18-07-2024 Aceptado: 09-09-2025 Publicado: 14-05-2026

Arrate Aparicio Marcos

Universidad de Salamanca

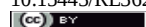
arrate.aparicio@gmail.com

 0000-0001-5946-1571

Resumen: El presente artículo tiene por objeto aproximarse a la filosofía de la educación en Miguel de Unamuno, centrándose especialmente en la respuesta que su obra pedagógica tiene en los jóvenes. Para este quehacer, nos adentraremos, primeramente, en el análisis que Unamuno realiza sobre la situación cultural y educativa española de su época con el fin de desentrañar el problema de base desde el que cimienta su filosofía de la educación. Después, se ahonda en su perspectiva sobre la juventud española, para, por último, extraer la propuesta práctica que ofrece a los jóvenes con objeto de que sean conscientes de su realidad social, al mismo tiempo que consecuentes con su sentido crítico, su capacidad creativa, y su libertad de sentimiento y pensamiento. Todo ello queda fundamentado en varios artículos ensayísticos escritos por don Miguel, así como en varias notas inéditas y artículos olvidados suyos que han sido localizados en los archivos personales de Miguel de Unamuno que se conservan en su Casa-Museo de la Universidad de Salamanca (España). De esta suerte, se presenta una investigación en la que se determina que Unamuno ofrece una filosofía de la educación con la que pretende la renovación de España a través de la cultura. Para lo que, según su opinión, resulta menester despertar la conciencia del pueblo mediante la educación de los jóvenes, quienes han de recibir una educación humana e integral en la que puedan formarse, perfeccionarse y potenciar sus más íntimas inquietudes espirituales.

Palabras claves: Unamuno- educación- pedagogía- juventud- España.

Citación: Aparicio Marcos, A (2026). La filosofía de la educación en Miguel de Unamuno. Una propuesta práctica sobre la actitud que debería mantener la juventud ante su realidad social. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 36(1), 346-359. doi.org/10.15443/RL3627.



Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0

Abstract: This paper aims to tackle the philosophy of education in Miguel de Unamuno, focusing especially on the response which his pedagogical work has on young people. For this purpose, it is shown the Unamuno's analysis about the Spanish cultural and educational situation of his epoch, in order to explain the underlying problem from which he bases his philosophy of education. Afterwards, his perspective on Spanish youth is studied. Finally, it is extracted the practical proposal which he offers to young people so as to make them aware of their social reality, while behaving according to their critical sense, their creative capacity, and their freedom of feeling and thought. All this is based on several essays type articles written by Unamuno, as well as on several of his unpublished notes and forgotten articles that have been uncovered in his personal archives at the Casa-Museo Unamuno of the University of Salamanca (Spain). Thus, this investigation determines that Unamuno's philosophy of education has the objective of renewing Spain through culture. In this sense, in his opinion, it is necessary to awaken the consciousness of the population through the education of young people, who must receive a human and comprehensive education whereby they could be instructed and improved, while enhancing their most intimate spiritual inquisitiveness.

Keywords: Unamuno- education- pedagogy- youth- Spain.

Introducción. Hacia una filosofía de la educación

¿Por qué la caída? Para educar. Para que el hombre no fíe en sí, para que aprenda a dirigirse a la gracia. Para que le cueste trabajo ser hombre. La ciencia infusa, sin trabajo, no nos haría hombres, seríamos menos que hombres perfectos, esto es ángeles. El ángel nace, el hombre se hace. La suprema felicidad de la cultura. Para que logremos el mérito de merecer la gracia, para que conquistemos el cielo... (Unamuno, s.f.b, 139).

De todos es sabido que don Miguel siempre ha estado muy ligado a la educación. De su vocación ha hecho su profesión. La docencia, el darse a los otros, enfocándose especialmente en los jóvenes, siempre ha sido su pasión y máxima preocupación. Su afán por compartir su experiencia vital y sus conocimientos al resto ha sido el motor de su ocupación laboral e, incluso, su quehacer personal.

Para él, la educación tiene un efecto transformador. Es el pilar que permite el desarrollo integral e interior de las personas, que agita los espíritus y proporciona una visión veraz de la realidad. Sin embargo, nuestro autor vasco por excelencia no se muestra de acuerdo con el sistema educativo vigente en su época y los valores que en él subyugan. Es más, de forma recurrente manifiesta su preocupación por percibir que el pueblo español no es capaz de formarse una idea de sí mismo, de su papel en el mundo y de filosofar con respecto a su destino. Y bien asume que eso es tarea de la educación, por lo que se propone afianzar una educación sólida y humana en la que pueda sustentarse el pueblo español.

Así frecuentemente recurre a su propia concepción de filosofía para comprender los desperfectos de la situación cultural y educativa española de su época, además de apoyarse en ella para ser el cimiento de lo que fue su propuesta educativa. De esta suerte, admite que en España no reina filosofía alguna y que el pueblo se ha mostrado insensible a la comprensión de lo verdaderamente filosófico. Acaso percibimos, según él, resquicios de su filosofía en sus símbolos, cantares, decires, obras literarias — como *El Quijote*, *La vida es sueño* o *Las Moradas*—, vida, acción y mística, pero no en lo que por especialidad y antonomasia se denomina filosofía. De ahí que, como deduce en “De la enseñanza superior en España”, se trate de un pueblo “infilosófico”, que padece “esterilidad mental”, por culpa de la educación intelectual que recibe:

En España no reina filosofía alguna, por difusa y vaga que sea. El pueblo español que se educa intelectualmente es, o por efecto de congénita estructura mental o por consecuencia de larga educación colectiva, uno de los más infilosóficos que se conoce. Apenas hay quien se ocupe en crearse una concepción del universo; toma la que le dan: la fórmula muerta, la mitología petrificada, y se queda tan satisfecho. Y de aquí viene nuestra esterilidad mental. (Unamuno, 1899b, 757).

También Unamuno reconoce que “la verdad es que el mal mayor de que nuestra cultura adolece es de falta de base general, de filosofía” (757). La filosofía es, para él, el pulmón de la cultura y de la enseñanza de verdad, al ser integradora de todas las ciencias. Y España, siguiendo su argumentación, carece de tal filosofía, de la base general de cualquier cultura, del reflejo de su modo de ser.

Esto es, la enciclopedia general científica, “la ciencia total y una”, donde se integran unas ciencias con otras, es, para don Miguel, la filosofía. El filósofo es quien hace de verdad progresar la ciencia, por ser un verdadero especialista, “un enciclopedista de lo especial”, al contar con la capacidad de ver el universo todo en una gota de agua (cf. 756). Igualmente, nuestro autor matiza, en “Sobre la filosofía española. Diálogo”, que las ciencias “sirven para ayudarnos a hacernos una filosofía, y en cuanto a esta, cada pueblo saca de las mismas ciencias una filosofía distinta.” Y, más aún, concreta que “la filosofía es la visión total del universo y de la vida a través de un temperamento étnico.” (1904a, 1161).

A este respecto, cabe tener presente que Unamuno admite que todos los pueblos tienen filosofía, bien sea de modo manifiesto o velado. Así confirma que España tenía su filosofía, aquella que quedó ahogada por los intelectualistas escolásticos cuando comenzó a florecer. Además, recuerda que los escolásticos encerraban, amordazaban e, incluso, achicharraban a todo aquel que se obstinaba en no ser razonable (cf. 1167).

Con todo, afirma que tendremos filosofía española “cultivando la voluntad, convenciéndonos de que la fe es obra de la voluntad y que la fe crea su objeto, así, lo crea...” (1164). Es decir, el querer, la voluntad, el sentimiento, junto con el presentimiento y la fe que crea, son lo que hacen surgir las diferentes filosofías y lo que falta en la nuestra. Falta en definitiva el amor, porque la fe (cf. Aparicio, 2022) crea su objeto por el amor.

El pueblo, al igual que el individuo, necesita conocerse y reconocerse para regenerarse y vivir. Solo viviendo libremente, desde nuestras acciones reflexivas, espontáneas y fecundas, desde la conciencia del propio espíritu y del espíritu colectivo, así como del mundo que nos rodea, daremos cabida, siguiendo a nuestro autor, a la creación de sentido existencial. Y, sin embargo, la importancia de impulsar el espíritu, de estudiar el propio yo, del “conócete a ti mismo”, ha quedado, en España, en el olvido.

El pensamiento se debe convertir en acción, para lo que es menester que la acción espontánea se convierta previamente en pensamiento. Habremos de observar nuestro natural modo de obrar, nuestros impulsos, para reducirlo a pensamiento y reflexión, y desde ahí transmitir esto último a las propias acciones. De esta forma conoceremos nuestro modo de vivir, de sentir y de pensar.

En este aspecto, en sus escritos “Almas de jóvenes” y “La ideocracia”, Unamuno advierte que el español se ve obligado a ser autodidacto dadas las deficiencias de la cultura ambiente y de la educación. De estas deficiencias surgen varios inconvenientes, entre ellos el de que algunos terminan siendo esclavos de las pocas y pobres ideas que poseen. De manera que instruye en la necesidad de ser dueño de las ideas, y no sus esclavos, ya que esclavos de ellas son los hombres de arraigadas

convicciones, los sectarios, los ideócratas. Las ideas que nosotros poseemos nos enriquecen espiritualmente, no así las ideas que nos poseen. Es una desgracia, para nuestro autor, necesitar ideas para fundamentar la propia vida. De esta suerte dirime su famosa expresión de “cuanto menos se lee, hace más daño lo que se lea” porque “cuantas menos ideas tenga uno y más pobres sean ellas, más esclavo será de esas pocas y pobres ideas” (Unamuno, 1904b, 1152).

La falta de cultura en el ambiente social hace mella en nuestra conducta, más concretamente en la explicación que de nuestras ideas nos damos a nosotros mismos y a los demás. Es habitual que las ideas cuenten con un contenido sentimental o emotivo que influye en nuestro modo de obrar. La forma de vivir de cada uno da verdad a sus ideas, y no estas a su vida. Cabe discurrir, y no poner en práctica lo ya discurrido por otros. Somos superiores a nuestras ideas; ellas son nuestro fruto y han de revelar nuestro yo. En otras palabras, para don Miguel “las ideas, como el dinero, no son, en efecto, en última instancia, más que representación de riqueza e instrumento de cambio, hasta que, luego que nos hayan dado común denominador lógico, cambiemos directamente nuestros estados de conciencia” (1900a, 955). Luego debemos verter nuestro propio espíritu en nuestras ideas con el fin de contribuir a la espiritualización del ámbito social.

Es más, don Miguel, tal y como confiesa en una de sus cartas a Federico Urales, siente repugnancia por el sectarismo, por las opiniones exclusivistas, por los afirmativos, por los que tratan de ignorante, chiflado o débil a quienes no piensan como ellos. Igualmente, confirma su temor por la “sequedad intelectual” (2015, 106; s.f.a, 816-818), sin fondo de sentimiento. De ahí que el arte docente o al servicio de un ideal político o económico le resulte sospechoso y declare su amor por la vida interior. Y así también que insista en dejar de lado el intelectualismo, propio de los escolásticos entre otros, quienes no conciben distintos medios de relacionarse con la realidad y de alcanzar la verdad que no sean los cognoscitivos.

Por todo ello, don Miguel intenta propulsar una juventud inquieta, diligente, tenaz, honrada y talentosa, que vivifique su espíritu y que no quede satisfecha de la ignorancia de sí misma. Que se descubra a sí misma para que se guíe por su instinto, por el camino de eternidad. Es crucial, para él, pensar y sentir hondamente, y vivir de fe, de fe verdadera y viva.

Sostiene, en “De la enseñanza superior en España”, que “solo una finalidad trascendente es ideal, y sin ideal no hay vida verdaderamente humana, ni para el individuo ni para el pueblo”. Y, más adelante, prosigue: “¡Motivo de vivir! Fe, una fe cualquiera, pero fe, fe libre, la fe que crea, y nutriéndose de su propia creación, la consume; fe señora y no esclava de dogmas.” (Unamuno, 1899b, 765).

Esto es, para Unamuno, el motivo de vivir del pueblo ha de ser tener fe libre, que crea el propio sentido de la existencia, cuya “finalidad trascendente es ideal”. Nuestra finalidad, nuestro motivo de vivir, está dado por la Conciencia Universal que obra sobre el espíritu colectivo, pero solo nos coronaremos de vida verdaderamente humana creyendo en nosotros mismos con esta fe que nos proporciona un ideal. Y en tal quehacer es indispensable la tarea de poner en práctica una buena educación y pedagogía en los jóvenes (cf. Turin, 1967; Rubio, 1974, 13-19; Delgado, 1973, 41-55; Herrero, 1991, 131-137).

En consecuencia, María Dolores Gómez Molleda apunta que “la estampa externa del español nuevo” de Unamuno, a saber, los españoles que “desea” y anhela nuestro filósofo vasco, son aquellos

que [...] hagan excursiones, que conozcan las bellezas ignoradas de los alrededores de Madrid, que hagan deporte, que coman mejor, que sean más educados y menos groseros, que trabajen, que luchen contra la pereza, que vivan menos en el casino y más en los salones de

lectura, que sean más idealistas, menos ramplones, menos soberbios, menos dispuestos a ‘cazar destinos y posiciones sociales’, más dados a la intimidad verdadera, menos frívolos. [...]. (Gómez Molleda, 1981, 408).

Así pues, con el objetivo de sumergirnos en la filosofía de la educación unamuniana, centrándonos especialmente en la respuesta que la obra pedagógica de don Miguel tiene en los jóvenes, navegaremos por varios de sus artículos ensayísticos. Además de los recién citados “De la enseñanza superior en España” (1899), “Sobre la filosofía española. Diálogo” (1904), “Almas de jóvenes” (1904) y “La ideocracia” (1900), nos adentraremos en “Sobre la consecuencia, la sinceridad” (1906), “Contra ‘los jóvenes’” (1900) y “Grandes, negros y caídos...” (1914). De igual modo, trabajaremos el ensayo “Sobre el marasmo actual de España”, que pertenece a su *En torno al casticismo* (1902), y abordaremos ciertas ideas que presenta en *Mi confesión* (1904). Al mismo tiempo nos sumergiremos en varios de sus artículos olvidados –aquellos que Unamuno publicara en prensa y no se les ha vuelto a prestar atención–, como son los que siguen: “Discípulos y maestros” (1916), “Comentario ‘Juventud y juventudes’” (1934) o “Comentario ‘Experiencia de exámenes’” (1935). Todo ello se presenta enriquecido por algunas notas inéditas localizadas, al igual que los mencionados artículos olvidados, en los archivos de Miguel de Unamuno de su Casa-Museo de la Universidad de Salamanca. Las notas inéditas corresponden a la carpeta titulada “Notas del ‘Tratado del amor de Dios: un ensayo de filosofía de la muerte’”.

La juventud española

Unamuno, bajo la máxima de que los jóvenes, como jóvenes que son, deben mantener su espíritu joven, proclama, tal y como confirma en su escrito “Contra ‘los jóvenes’”, que “no es joven el que quiere, sino el que puede serlo; el joven, como el poeta, no se hace, nace; y quien nace joven, joven sigue y muere joven.” (Unamuno, 1900b, 1261). La juventud en espíritu es osadía. El joven promueve, según don Miguel, una labor fresca, potente, original y sincera. Es “el arrogante que ahoga la codicia bajo la ambición” (1263).

Es decir, el joven es quien entusiasmado y decidido, sin quejarse, se atreve con todo, se abre camino por sí solo, sin que nadie le ceda el paso. No teme a lo que de él puedan pensar quienes más experiencia de vida tienen en su campo de actuación. Él no renuncia a ser quien es y debe ser.

De esta suerte, ante el panorama educativo y cultural que se vivía en España, la preocupación de don Miguel por los jóvenes es por todos conocida. La juventud intelectual española y el efecto que ella produce le angustia sobremanera. Él manifiesta que estima y le interesan los jóvenes, sus obras, sus descubrimientos, y bien demuestra en sus actos, como profesor y Rector de la Universidad de Salamanca, su deseo de verlos ir unidos al asalto del ideal.

En su artículo titulado “No hay juventud”, publicado en Caracas, el 15 de julio de 1899, en *El cojo ilustrado*, y que también se puede encontrar en su obra *En torno al casticismo*, concretamente en la parte tercera del ensayo “Sobre el marasmo actual de España”, señala que hay jóvenes, a quienes la juventud les falta por culpa de que la Inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida. Denuncia que a los jóvenes los hacen, que no se hacen, unos “badulaques”, y que “caen heridos de anemia ante el brutal y férreo cuadrículado de nuestro ordenancismo y nuestra estúpida gravedad”. A lo que añade que “nadie les tiende a tiempo una mirada benévola y de inteligencia”, además de que “se les quiere de otro modo que como son: a nuestro rancio espíritu de intolerancia no le entra el que se desarrolle cada cual según su contenido y naturaleza” (1899a).

Asimismo, arremete sentenciando que “no hay Joven España ni cosa que lo valga”, y recuerda que “se ahoga a la juventud sin comprenderla, queriéndola grave y hecha y formal desde luego”. De

manera que concluye que “nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida” (1899a), y que, para más inri, ha de sufrir la imposición de los viejos que no son capaces de comprender el espíritu joven.

Esto es, don Miguel, cuando hace referencia a “la Inquisición latente y el senil formalismo” hace alusión a la Iglesia Católica, quien tuviera mucha fuerza y repercusión en el ámbito cultural y educativo del país. De hecho, la cultura y la educación estuvieron durante siglos en manos de la Iglesia y su doctrina. En este aspecto, cabe objetar que Unamuno es crítico con la pedagogía educativa tradicional de la Iglesia Católica de su tiempo porque esta última, a su juicio, tenía como misión cultivar sabedores pero no pensadores. La Iglesia quería imponer formas de pensar, de vivir, y olvidaba, afectada por el racionalismo, el fondo potente de la religión cristiana. Además, nuestro autor es juicioso con la teología por ser el eje de la labor pedagógica de la Iglesia de la época y haberse convertido en dogma y raíz del adoctrinamiento. El catolicismo, según él, ha querido racionalizar la fe haciendo de la religión teología dogmática. Luego nuestro autor alienta a que la pedagogía dogmática de la Iglesia de entonces, que es vacía y no sentida, tiene que dar paso a la pedagogía humana que asienta sus cimientos en la ética cristiana.

Sigamos ahora analizando el resto del ensayo “Sobre el marasmo actual de España” que pertenece a su *En torno al casticismo*. En los restantes apartados de la mencionada obra claramente contemplamos que, en efecto, uno de sus mensajes se concentra en que en España nos falta juventud, a los jóvenes y no tan jóvenes. No hay frescura ni espontaneidad. Los jóvenes envejecen y se avejentan muy pronto. Don Miguel asevera que “es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de nuestra sociedad española [...]”, para más adelante inferir que “es una pobre conciencia colectiva homogénea y rasa” (1902a, 859).

En consecuencia, Unamuno proclama que “donde no hay juventud tampoco hay verdadero espíritu de asociación que brota del desbordamiento de vida” (862). De modo que nos consolidamos como una sociedad insocial, en la que se perpetúa “nuestro salvajismo enmascarado” (862). Hacemos predominar, siguiendo su argumento, la formalidad y corrección, en vez de la fundamentalidad, dirección, seriedad y, sobre todo, libertad. Necesitamos ser libres, sentirnos libres, para lo que se precisa hacer frente al mal de la ignorancia. Y, para ello, lo ideal es centrarse y potenciar la función que deberían realizar los maestros en nuestra sociedad, a saber, en “desasnar muchachos” (864) a través de su magisterio.

Toda persona, independientemente de su edad, debe conservar fe, vigor y entusiasmo juveniles, conforme a nuestro autor. También los maestros, para así poder dignificar su magisterio. Se puede ser una persona mayor en edad pero que mantiene su juventud, que es juvenil, porque conserva y desarrolla su espíritu joven. Esto es sumamente importante para combatir la “extrema pobreza de ideas”, la “tartamudez mental”, la “tosquedad de ingenio”, la “basta ordinariez” o, en otras palabras, la “miseria espiritual” (865).

De forma análoga, Unamuno reivindica el hecho de valorar más las inquietudes propias de la juventud de nuestros jóvenes, al mismo tiempo que la necesidad de darles herramientas para el desarrollo y fortalecimiento de las mismas. Esto último está muy consolidado con la manera de entender la educación en el país. Para él, como ya se ha argumentado, resulta imprescindible enriquecer las almas de ideas coherentes y sustanciosas para que broten personas intelectual y espiritualmente prósperas, vitales, libres en lo que respeta a su sentimiento y pensamiento, que no se dejan dominar y se muestran críticas con aquello que les inquieta o con lo que discrepan. Luego sostiene que la “miseria mental de España” requiere ser paliada y curada con una “verdadera juventud, animosa y libre” (869), que con amor y apertura se vuelque y ahonde en los otros, en su pueblo.

Ahora bien, si nos acercamos a su artículo “Almas de jóvenes”, consideraremos que don Miguel siente decididamente que la mayor parte de los males que la juventud de la España de entonces padece arrancan de la pobreza espiritual, social y vital del país. La codicia ahoga a la ambición, y la arrogancia entra en juego. Se lamenta de que los jóvenes anden desparramados y no hayan comprendido que la unión de todos ellos les daría mucha más fuerza (cf. 1904b, 1149-1150). También de lo frecuente que es encontrar a los jóvenes inmersos en “ciencia puramente libresca” (1152) y sometidos a la pedantería. Y expone el ejemplo de que entre ellos “hablan demasiado de autores y de libros, y muestran demasiado empeño en hacer ver los unos que los han leído, y que no los han leído los otros” (1152). Fingen creer en sí mismos, para atraer la fe de los demás, y la realidad es que, observando sus hechos y sus palabras vacías, ni creen en sí mismos ni en los otros.

Llegados a este punto, huelga rescatar una afirmación que realiza Gómez Molleda y que confirma nuestra argumentación. Gómez Molleda sostiene que este “hombre nuevo”, este español nuevo, que anhela Unamuno, “no surge ni puede surgir porque no hay juventud libre, fuerte, espontánea, sino cuadrículada y vieja; porque el entusiasmo juvenil en España cae herido de muerte apenas nace” (Gómez Molleda, 1981, 409-410).

En definitiva, Unamuno pone en valor la juventud que a los jóvenes les falta. Jóvenes hay, pero sin juventud. No son jóvenes de verdad, de espíritu juvenil. Son jóvenes envejecidos, que avejentan con rapidez. El hombre viejo que les esclaviza es alimentado, sostenido e impuesto por la sociedad que les rodea, y se encuentra más bien fuera que dentro de ellos. No obstante, también advierte que hay mayores que son juveniles al mantener su espíritu joven. Y, por esta razón, apunta a que cabe fomentar la fe fecunda y noble de que nunca es uno demasiado viejo para recomenzar la vida y para sacudirse del hombre viejo al que queda sometido (cf. Unamuno, 1906, 889).

En este sentido, resulta importante destacar que don Miguel vive preocupado por conseguir conservar la juventud de su espíritu. En una epístola dirigida a Giner de los Ríos, de 1899, alude a que eso de los viejos y jóvenes le parecía insustancial siempre que se tuviera a la eternidad como principio. La juventud y la vejez no existen como tal, pero sí los estados de conciencia jóvenes —aun sea también en viejos o personas mayores— y viejos —aun sea también en personas jóvenes— (cf. 2017, 983).

De hecho, reconoce abiertamente su temor a dejar de ser joven de veras en su manuscrito *Mi confesión*, escrito próximo a cumplir sus 40 años. Al mismo tiempo, en el ya citado “Almas de jóvenes”, deja entrever que dado su trato constante con la juventud, gracias a su firme compromiso en su formación, él procura mantener su juventud viva y fresca:

[...] En el trato frecuente y lo más íntimo que me es dable con la juventud, procuro mantener mi juventud en frescura. Y, sin embargo, nunca he logrado ver que se me tratara como a joven. Cuando, teniendo poco más de dieciséis años, envié, sin firma, un artículo a *El Noticiero Bilbaíno*, Trueba, que era entonces el alma de este diario, lo atribuyó a una persona mucho mayor que yo, que vive y con la que me une hoy buena amistad [...]. Y, a partir de entonces, casi siempre me vi tratado de niño viejo. Lo cual me consuela, pues creo es el mejor camino para llegar a viejo niño. Y todo esto me ha creado [...] una situación especialmente favorable, pues ni la gente vieja me cuenta entre los suyos, ni entre los suyos me cuenta la gente nueva. Partiendo de lo cual, suele tentarme Satanás en mis horas de desfallecimiento del espíritu, diciéndome: “No hagas caso, Miguel, eso es que no tienes edad; ni eres de los jóvenes ni de los viejos, ni eres de ayer ni de mañana; eres de hoy, eres de siempre.” Y yo le digo: *Vade retro, Satana* [...]. (1904b, 1148-1149).

Y, para colmo, en su “Comentario ‘Juventud y juventudes’”, escrito en 1934, a poco de jubilarse, declara que él fue un joven solitario y que le tortura la aprensión por tener que dejar por edad oficial de estar en tanto contacto con la juventud estudiosa, quizás también porque le produce impotencia ser consciente de que ya no va a poder estar ahí para avivar las conciencias juveniles dormidas. Igualmente, en este último escrito, Unamuno permite conjeturar que más apuesta él por los jóvenes solitarios que por quienes forman una “juventud” corporativa. Este tipo de formaciones juveniles no cuenta con jóvenes de verdad, de espíritu juvenil, y lejos quedan de ser hombres que sienten en profundidad la comunidad histórica, la comunión civil del pueblo en la historia.

La mayoría de los jóvenes, según él, no creen en su esperanza, y este es el motivo por el que corren el riesgo de perderla. Buscan fuera de sí mismos, pues sufren falta de credibilidad para consigo. Ni se sienten ni se conocen. Tampoco concretan nada, y menos sus esperanzas. Incluso matiza que los jóvenes solitarios suelen ser vivientes más que vividores. No buscan abrirse camino, viven y no hacen nada por su vida. Le estremece que ni siquiera estos últimos solitarios sean capaces de conseguir tener fe española, y, por ende, experimenten dificultades en contemplar una clara España venidera (cf. 1934).

Propuesta práctica para los jóvenes, los estudiantes

Con objeto de que los jóvenes sean conscientes de su realidad social, así como consecuentes con su sentido crítico, su capacidad creativa y su libertad de sentimiento y pensamiento, don Miguel extrae la siguiente propuesta práctica que a continuación se va a desglosar. En primer lugar, Unamuno pretende instruirles en que no hay que trabajar para el tiempo, sino que cabe trabajar, guiados por la fe, para la eternidad, sin buscar, jamás, el éxito inmediato. Con este ejemplo lo ilustra:

He hecho un libro; he puesto en él años de mi vida, la flor de mi juventud, el caudal de mi experiencia, lo mejor de mi alma... ¿Es el libro joven? ¿Sí?, pues vivirá, y será joven siempre. ¿Es joven el libro? —repito—, ¿sí? Pues él se hará camino, después de la necesaria gestación en el espíritu colectivo. Porque una obra joven y viva cae al salir a la luz como en una matriz y necesita crecer allí, antes de nacer de veras. Raras son las obras que, como Minerva, nacen al brotar del autor que las concibiera. [...] (1900b, 1262).

Es decir, don Miguel con ello quiere demostrar que todos los jóvenes han de dejar de lado sus envidias, soberbias y desalientos, para descubrir el deseo y amor que sienten por el mañana, por la eternidad. También con esa apelación al espíritu colectivo muestra su consideración sobre la unión de todos los jóvenes en su lucha común por, en última instancia, la creación de sentido existencial. Así realiza su llamada a inquietar las almas de aquellos con los que se convive y que no quieren ni sentir ni pensar. Y, al mismo tiempo, intenta que los jóvenes sean conscientes de su realidad social: España es un pueblo viejo, con jóvenes que tienen instintos seniles, en plena senilidad, algo que a nuestro autor le atemoriza en demasía.

Ante este panorama, y en segundo lugar, don Miguel, en su escrito “Discípulos y maestros”, denuncia la falta de sentido colectivo estudiantil y, de modo intrínseco, la falta de sentido crítico de los jóvenes estudiantes. Sugiere que cabe vivir de contradicciones íntimas para con el propio hombre individual pero también para con el hombre colectivo, o sea para con las sociedades humanas, con el fin de que su afán de superación despierte y sea fecundo, vivificador, enriquecedor y creativo. A fin de cuentas, como él mismo introduce, “solo vive de veras aquel en quien pelean entre sí sus varios yos sucesivos, aquel que lleva su niñez contra su mocedad, esta contra su virilidad, y esta contra [su] ancianidad, si llega a ella” (1916). Y esto último cabe extrapolarlo también al hombre colectivo, a la sociedad humana, por ejemplo al caso de las doctrinas que de los maestros reciben los estudiantes. Sostiene:

Mi mayor desesperanza proviene de ver la actitud de nuestros escolares frente a sus maestro[s], o, mejor dicho, bajo ellos. Me apena la borreguería que en general caracteriza al estudiante español de hoy, sin conciencia de su estudiantía, sin íntima y verdadera disciplina, que es la del que sabe afirmarse frente a su maestro y contra él, negándolo y superándolo. (1916).

Los jóvenes estudiantes han de revelarse y someter a crítica, corregir, guiar y negar si cabe las enseñanzas disparatadas de los maestros ineptos o ignorantes. De esta suerte se establecerá, según nuestro autor, la continuidad dialéctica, dilemática y polémica, se enderezará la enseñanza pública, y consiguientemente se hará historia. Al fin y al cabo, tal y como reivindica, “es una obligación moral de los estudiantes españoles sacar a la vergüenza pública, y sacarlas nominativa y acusativamente, no ablativamente [sic], las fechorías doctrinales de los maestros que no lo son ni lo deben ser” (1916).

En tercer lugar, esta “borreguería” y falta de conciencia de su “estudiantía” se encuentran ligadas con aquello que don Miguel también declara en su “Comentario ‘Experiencia de exámenes’” y que termina por descampar en la falta del amor por el saber. En esta ocasión, resalta la tendencia antinatural de “inapetencia de saber”, de “horror” a él, que padecen los jóvenes. Además, percibe que la mayoría de ellos viven en un “lamentable estado de incultura” (1935) e ignorancia invencible y querida. No saben ni siquiera lo esencial, lo fundamental, porque no quieren saber, desean vivir en la incultura, y de ahí, como señala nuestro autor, que tal estado de ignorancia sea invencible. En una palabra, al no sentir curiosidad por el saber, no hacen que palpiten y guíen en su vida el amor por él.

Dicho esto, en cuarto lugar, resulta claro que Unamuno ve y confía en los jóvenes el porvenir. Es menester reanimar sus almas para que fragüen en el hondón de las mismas una visión fecunda de España y vivifiquen así el futuro espiritual. De hecho, cree que hay que suscitar y despertar la fe en la sabiduría entrañal a través de la educación, entendida como la formación del carácter. Él busca e intenta formar jóvenes entusiastas y apasionados, que se emancipen de las enseñanzas recibidas, no se achanten a mirar cara a cara a la verdad e incuben duraderas, fecundas y buenas obras.

De manera análoga, en quinto lugar, argumenta que la personalidad humana mide el valor del hombre y no cabe procurar desarrollarla en la diferenciación, o elevación, con respecto a los demás, mas sí en la integración. No debe preponderar entre los convivientes el afán por la distinción —el erostratismo en exceso, aquel amor propio con tintes de egoísmo, locura o enfermedad, es dañino y nada bueno aporta (cf. Aparicio, 2023)—, sino que debe favorecerse la integración en aras de la común humanidad compartida. El deber del hombre no debe ser la diferenciación, pero sí dar su espíritu conforme al ideal de ser hombre pleno e íntegro.

A saber, don Miguel da pautas para que seamos capaces de dar nuestro espíritu y sellar con él las almas con las que tratemos, al igual que para pensar y decidarnos a obrar por nosotros mismos. Esto es sumamente importante a la hora de lanzarnos a forjar ideas vivas, debido a que en ellas nos habremos de dar también nosotros mismos con el fin de que lleven la sustancia de nuestro espíritu. Así exclamará a los jóvenes en *Mi confesión*:

Sumergíos en la tarea del momento, vivid toda vuestra vida en cada segundo, y sed pródigos. Obrad, jóvenes, como si en cada acto el más menudo de los vuestros se ventilara el destino final del Universo todo, buscar la verdad, que es la vida. (Unamuno, 2015, 46).

Con este último mensaje queda patente que la creación de sentido es capital en la obra unamuniana. El eje de su ética se remonta a “hacerlo todo consciente, dar finalidad humana al universo si no la tiene” (Unamuno, s.f.c; cf. Aparicio, 2023, 3). Y el joven ha de hacer de su existencia una vida ética,

vivida desde el parámetro de la concienciación, de la personalización, y de crear finalidad humana en todo aquello que conforma el Universo. Porque, de acuerdo con la argumentación de Unamuno, si el universo tiene sentido, en todos sus aspectos, es gracias a que nosotros mismos creamos su finalidad humana desde el amor. Y nada hay más creativo que el impulso del amor en la creencia de la existencia inmortal. Por eso nos anima a crear fe en lo que somos y en los parámetros desde los que vivimos.

Esta es la razón principal por la que don Miguel valora a la persona y personaje de don Quijote, el caballero loco henchido de sentido propio que encarna lo eterno y grande de su pueblo. Él es el mayor ejemplo de tener fe en lo que cada uno es y debe ser, sin querer aparentar nada, y siguiendo su sentido propio y no el sentido común.

Don Quijote se muestra tal cual es, no es pesimista y cree en la vida eterna. Es creador de sentido y también derrama su amor hacia todo aquel y aquello que genera un sentido existencial. Su lucha, como advierte Pedro Cerezo, por la angustia o congoja que supone el propio esfuerzo de ser, ante el todo y la nada, se condensa en sacar fuerzas de flaqueza para hacer creadora la propia incertidumbre. Y esta lucha, como matiza, es concretamente la creación de sentido entre el absurdo y el misterio (cf. Cerezo, 1996, 423-424).

Don Quijote es un loco e idealista, un ejemplo de una vida consagrada a la conquista del ideal. Es la bondad pura de Alonso Quijano, sin nada de rencor, que fomenta la perspectiva del caballero frente a frente, del heroísmo, a través del erostratismo quijotesco, con objeto de combatir su anhelo de inmortalidad. Porque sí, solo cuando lleguemos a la raíz del heroísmo quijotesco comprenderemos que no caben Quijotes sin anhelo de inmortalidad. Así es también, como señala Unamuno, el gran soñador de la vida y el gran vividor de la sobrevida (cf. Unamuno, 1904a, 1167). Y, pese a ello, o mejor dicho más bien gracias a ello, don Miguel siente que don Quijote es el dogma que ha de morir para que quede libre la fe, Alonso Quijano el Bueno:

Leyendo una vez más el *Quijote*, en religioso recogimiento, se me escapó este grito, grito de amor al ingenioso hidalgo [...]:

¡Muera Don Quijote! ¡Muera Don Quijote! Sí, que muera, porque solo el grano que muere fructifica; muera, muera Don Quijote, que es el dogma, para que quede libre Alonso Quijano el Bueno, que es la fe. [...] (1899b, 767).

Unamuno esclarece con este ejemplo la necesidad de la desaparición de los dogmas imperantes para dejar a la fe actuar con libertad y pueda por sí sola crear. Alonso Quijano el Bueno creó con su locura a don Quijote, y solo con la reaparición de su cordura, una vez desvanecido el dogma —el propio don Quijote—, quedó libre la fe —Alonso Quijano el Bueno, el eterno—, y pudo reconocer el pecado de su locura para vivir una muerte ejemplar.

Con todo ello, Unamuno, en sexto y último lugar, descubre la exigencia de que los jóvenes penetren en la esencia del espíritu quijotesco, o sea en la excelsa locura de la voluntad que quiere y lucha porque el mundo sea como debe ser, como según se lo muestra su fe, y no como es, según la razón de la ciencia lo presenta. Don Quijote, quien luchó contra la lógica de la realidad, supo ser vencido según el mundo, pero su ejemplo nos guía al verdadero triunfo, a la única duradera e íntima victoria. Precisamente, encontramos en el escrito unamuniano “Grandes, negros y caídos...”, lo que es para don Miguel la síntesis del valor de la excelencia y a lo que los espíritus juveniles, siguiendo al caballero andante, han de aspirar:

[...] la locura de la voluntad, la nobilísima locura quijotesca de querer que el mundo sea, no como es, sino como creemos que debe ser y queremos que sea, y proceder así con él es una locura que lleva siempre al más grande triunfo, al de saber vencerse sabiendo ser vencido. [...] (1914, 1212).

Esto es, para creer en uno mismo y poder actuar en rigurosa sinceridad para con el propio deseo también requerimos de la creación. Unamuno ve completamente necesario inocular una educación sólida y humana para el desarrollo personal, donde queda previsto el desarrollo de la capacidad creativa. Para llegar a no ser nada, cabe sentir las ganas de ser más, de aprender, de idealizar, de amar y de crear. El amor a la pedagogía, a la enseñanza, y a la educación juegan aquí un papel fundamental:

Hay que crear fe, fe verdadera en la enseñanza, y solo se crea esta fe enseñando con ella, con fe viva. La mayor obra de la enseñanza aquí estriba en enseñar su propia imprescindibilidad. Y la nuestra mata el apetito de aprender. (1899b, 738).

En conclusión, si somos capaces de creer en la enseñanza y la cultura, si atendemos al método y a la ciencia sin explotarlos, si combatimos la ignorancia y la pereza mental para superar los fetichismos, si creemos en la “imprescindibilidad” de la propia pedagogía, crearemos fe viva por el amor al saber y a la verdad, mediante el amor y la pedagogía. Y, por su parte, seremos conscientes de nuestra realidad social y superaremos, además, el dogmatismo huero.

El dogmatismo, según Unamuno, separa y aísla. Solo agrega rebaños. Un grupo de personas se asocia para creer y pensar lo mismo. Tales personas se suman sin multiplicarse, y se juntan sin combinarse. Se mantienen juntas, aunque ni se comunican ni se abrazan. Van en formación de fila, pero son extrañas entre sí, haciendo camino de forma paralela, sin encontrarse nunca. Luego, con todo lo ya manifestado, se deduce que la verdadera asociación, la verdadera comunión de esfuerzos, solo culmina, para nuestro autor, cuando las diferencias permiten integración (cf. 741).

En este sentido, es evidente que don Miguel no apuesta por lo ya marcado e instaurado, por el dogma, por aquello que anula, entre otras cuestiones, la capacidad de pensar, sentir y crear. Más bien defiende la formación desde la reflexión, y no en la abrumadora doctrina. Los jóvenes han de ser libres, han de saberse libres y aprender a ser libres, para pensar y sentir por sí mismos, y, más aún, para que desde su interior puedan libremente creer y crear tanto su realidad individual como social.

Conclusiones

En suma, Unamuno ofrece una filosofía de la educación con la que pretende la renovación de España a través de la cultura. Para ello, reivindica que la erudición deje radicalmente de caracterizarse por su pereza espiritual y la juventud encuentre alimento para sus más íntimas inquietudes espirituales en la formación que recibe. La educación, conforme a don Miguel, ha de ser un espacio donde se aviven los anhelos e ilusiones de los jóvenes, y también se ofrezcan diferentes vías y opciones para su desarrollo y perfección. Cabe darles la seguridad necesaria en su obligación de pensar, sentir y creer por cuenta propia, para lo que es menester, como bien sabemos, ahondar en la propia vida íntima.

Así, preocupado por el mañana de los jóvenes, el futuro de España a fin de cuentas, se compromete a incentivar una educación integral que cultive también los valores humanos fundamentales con el propósito de que el pueblo español pueda tanto acceder a una formación más completa como disponer de herramientas para crear una mejor convivencia entre los hombres. Insiste en que es responsabilidad

del ámbito educativo inculcar una enseñanza en la que se incite al reconocimiento del espíritu individual para descubrir en consecuencia el espíritu colectivo.

De esta suerte, la consecuencia más severa de que en España no haya juventud es, siguiendo a nuestro autor, que apenas existen espíritus vivos y comprometidos. La mayor parte de las personas son conformistas, y ni siquiera intentan penetrar en su interior. Es más, esta aridez espiritual afecta a todos los ámbitos de la sociedad española: educativo, intelectual, político, económico, social, etc. Por esta razón, se han de transformar los valores y principios que consolidan la vida de los hombres, para lo que se requiere reformar la enseñanza que se está impartiendo en las escuelas y universidades. Se debe garantizar una enseñanza de calidad, que asuma las condiciones óptimas para dar cabida a una educación humana e integral. Bien descubre don Miguel que es crucial dejar que cada persona se cree a sí misma, apoyada especialmente en todos los recursos que recibe de la educación escolar y universitaria, y sin estar sometida a los valores y dogmas imperantes. De ahí su énfasis en que la educación deba centrarse en el cuidado de la vida humana, de la humanidad, y que de no ofrecerse una educación humana e integral imposible será que las personas sean consecuentes con su juventud, con su espíritu joven, que reclama autoconocimiento y amor.

Por consiguiente, es menester, para Unamuno, despertar la espiritualidad del pueblo mediante la educación de los jóvenes. Estos últimos deben ser conscientes de la importancia de no basar su vida, sin más, en las doctrinas concretas, claras y aplicables que otros, los intelectuales, impregnan en sus cabezas sin darles la opción a que las sientan y las razonen en sí. Hay que despertarles la fe en sí mismos para que sean capaces de proyectar sus sueños, esperanzas y consuelos, y no deleguen jamás lo íntimo de su espíritu. En definitiva, hay que darles la fe en sí mismos y no dogmas; hay que señalarles los caminos para que sean capaces de alcanzar sus propios hitos, pero no hay que darles las verdades resueltas ni designarles los objetivos vitales que se esperan que ellos consigan.

Al fin y al cabo, como sostiene Francisco Blanco Prieto, las ocupaciones diarias de don Miguel fueron “despertar los espíritus dormidos, romper las almas anquilosadas, activar la monotonía intelectual, triturar el aburrimiento vital, renovar la vulgaridad mental y estimular el ambiente cultural” (Blanco, 2011, 580). Además, resalta aquello que Unamuno manifestó en el prólogo que escribió a la obra *La educación* de Carlos Octavio Bunge (cf. Unamuno, 1902b, 1012-1023), sobre su misión de procurar hacer obra pedagógica desde su cátedra, a saber, enseñar la materia encomendada, disciplinar y avivar la mente de cada uno de sus alumnos. Es decir, sus clases no solo se centraban en lo que quedaba asignado por la titularidad de la cátedra que ocupaba, sino que también enseñaba todo lo que pudiera reforzar la formación integral del alumnado. Así concluimos, con Blanco Prieto, que don Miguel, “antes que maestro o rector; por encima de ser profesor de griego o de Historia del Castellano; más allá de toda condición, fue removedor de conciencias, en lucha constante contra la somnolencia, el conformismo y la sumisión” (Blanco, 2011, 581).

Agradecimientos: El presente artículo es fruto del Proyecto de investigación “Miguel de Unamuno, la Institución Libre de Enseñanza y la España rural: hacia una educación humana e integral”, que se desarrolla en la Fundación Rafael de Unamuno de la Universidad de Salamanca (USAL) y que se encuentra dirigido por el profesor Roberto Albares Albares. La autora agradece las directrices y el apoyo recibidos por parte del equipo de la Casa-Museo Unamuno (CMU) – de la Universidad de Salamanca en la consulta de los fondos documentales de Miguel de Unamuno, así como en todas las pesquisas ofrecidas.

Referencias bibliográficas

- Aparicio Marcos, A. (2022). “Del reconocimiento del Dios del amor a los conceptos de religión y resurrección de la carne en Miguel de Unamuno”. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 49, 581-599. <https://doi.org/10.36576/2660-9509.49.581>
- Aparicio Marcos, A. (2023). “Ética y educación en Miguel de Unamuno. El amor, el erotismo y la pedagogía al descubierto”. *Ágora. Papeles De Filosofía*, 42, n.º 2. <https://doi.org/10.15304/ag.42.2.8293>
- Blanco Prieto, F. (2011). *Unamuno, profesor y rector en la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Hergar Ediciones Antema.
- Cerezo Galán, P. (1996). *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta.
- Delgado, B. (1973). *Unamuno educador*. Madrid: Editorial Magisterio Español S.A.
- Gómez Molleda, M.D. (1981). *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid: CSIC-Escuela de Historia Moderna.
- Herrero Castro, S. (1991). *Pensamiento sociológico en torno a la Universidad*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Rubio Latorre, R. (1974). *Educación y educador en el pensamiento de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Instituto Pontificio San Pio X.
- Turin, Y. (1967). *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902: liberalismo y tradición*. Madrid: Aguilar.
- Unamuno, M. de. (1899a). No hay juventud. CMU, 1-176. *El cojo ilustrado*. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/81286/CMU_1-176.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Unamuno, M. de. (1916). Discípulos y maestros. CMU, 12-109. *Filosofía y Letras. Revista publicada por alumnos de la Universidad Central*. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/102331/CMU_12-109.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Unamuno, M. de. (1934). Comentario ‘Juventud y juventudes’. CMU, 11-48. *Ahora*. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/102260/CMU_11-48.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Unamuno, M. de. (1935). Comentario ‘Experiencia de exámenes’. CMU, 12-55. *Ahora*. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/102401/CMU_12-55.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Unamuno, M. de. (1966-1971). *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Vol. I. *Paisajes y ensayos* (1966).
- De la enseñanza superior en España (1899b).
 - La ideocracia (1900a).
 - En torno al casticismo (1902a).
 - La educación. Prólogo a la obra de Bunge, del mismo título (1902b).
 - Sobre la filosofía española. Diálogo (1904a).
 - Almas de jóvenes (1904b).
- Vol. III. *Nuevos ensayos* (1968).
- Sobre la consecuencia, la sinceridad (1906).
- Vol. VII. *Meditaciones y ensayos espirituales* (1969).
- Contra ‘los jóvenes’ (1900b).
 - Grandes, negros y caídos... (1914).
- Vol. IX. *Discursos y artículos* (1971).
- Principales influencias extranjeras en mi obra (s.f.a).

- Unamuno, M. (2015). *Mi confesión*. Edición de Alicia Villar. Salamanca-Madrid: Sígueme-Universidad Pontificia Comillas.
- Unamuno, M. de. (2017). *Epistolario I (1880-1899)*. Edición de Colette y Jean-Claude Rabaté. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Unamuno, M. de. (s.f.b). *CMU*, 68/15, 139. *Amor de Dios*. Nota inédita escrita por Miguel de Unamuno. Fondos documentales localizados en Casa-Museo Unamuno (CMU). Universidad de Salamanca.
- Unamuno, M. de. (s.f.c). *CMU*, 68/15, 77. *Ética*. Nota inédita escrita por Miguel de Unamuno. Fondos documentales localizados en Casa-Museo Unamuno (CMU). Universidad de Salamanca.